

**C**olecciono almas. Así dijo el gitano Serótido, sin darle mayor importancia a la respuesta. El alcalde quiso saber a qué se dedicaba el que parecía único desocupado de la familia que todos los años visitaba la zona para asombrarnos con los últimos descubrimientos que hacían del mundo más allá de la ciénaga un lugar mágico. La contestación hizo creer a todos los que participaron de la curiosidad del alcalde que aquel bisojo montaraz de perilla rubicunda y melena encrisnejada no andaba en sus cabaes y por eso no intervenía en los juegos malabares ni en las acrobacias con las que los gitanos adornaban la presentación de cada una de sus maravillas. El año anterior había sido el imán, el siguiente sería la lupa, ese año recuerdo que fue el hielo. Lo sé porque la misma madrugada en la que el ruido de cacharos con que se pregonaban los cingaros ambulantes llegó hasta nuestra chacra despertó mi abuelo molesto por el sudor y las pesadillas eructando con sabor a sandía. Anunció que no vería más otoños y marchó hacia el norte para comprobar antes de morir si era cierto que allende el horizonte ataban los perros con longanizas y las gentes comían en utensilios distintos a las escudillas; llenó su talega de mojava y de trozos de hielo que compró a los gitanos con los ahorros de toda su vida disputándose los a José Arcadio. «Solo el frío me retrasará el dolor», dijo. Era el último aviso, la tercera vez que le sucedía, al igual que le sucediese a su abuelo, quien durante el rezo del prefacio de la misa de Nochebuena notó cómo un regusto incontrolable de sandía le ascendía desde el estómago hasta la garganta; llevaba meses sin probarla, por eso –dicen que fue por eso– comulgó con la unción de los moribundos y cuchicheó a su esposa que la hora le era llegada cuando el cura cantó la bendición final. No vivió para celebrar la Navidad.

– Colecciono almas.

Así dijo el nervudo gitano mientras repartía entre la chiquillería piedras del tamaño de un guisante, blancas como la cal. Fue el patriarca de la familia quien explicó la gracia de lo que a todos se nos antojó diversión que precedería a la exposición de un nuevo ingenio: «Moléstense en mirar bien sus guijarros, pues por la munificencia proverbial del gitano Melquíades –éste, su seguro servidor–, todo aquel que encuentre en la suya un lunar negro recibirá de obsequio nuestra siguiente invención». Acto seguido, una de las gitanillas, al son de las sonajas y cascabeles que se le enrollaban en los tobillos, tiró con gracia de la tela que pendía del carromato del centro dejando al descubierto un gran espejo enmarcado en grueso pino historiado. El gesto de decepción de la concurrencia fue unánime, nada novedoso se presentaba ante nuestros ojos, en la ciénaga el espejo era tan antiguo como el pecado, y tan apreciado como los coitos, pues ambos multiplicaban el número de los mortales. Los tres varones y la única hembra que se habían alegrado al encontrar la mancha negra en sus piedras se acercaron desilusionados a recoger sendos premios. Aureliano Buendía debió de pensárselo mejor y antes de entregar al gitano su piedra afortunada volvió sobre sus pasos para regalármela. «Si le obsequiase el espejo nuestras familias



SERÓTIDO (PSEUDÓNIMO)

ya hablarían de compromiso, y somos demasiado jóvenes para tales vainas; acépteme una piedra y podremos continuar siendo solo buenos amigos que se besan los domingos a escondidas». Enrojé porque se me antojó que nadie había quedado sin oír aquella enrevesada declaración de amor o desamor y porque supe por la mirada huidiza de Aureliano que en ese momento le interesaba mucho más el mila-

gro del hielo recién descubierto y de cuyos bloques su familia no se separaba, que la rutina de un espejo de los que tenía a cientos en casa. Por evitar mayores vergüenzas y dar aire a mis mejillas corrí hacia el carromato. El gitano joven, Serótido de nombre y apellido, me entregó el espejo a regañadientes, no sé cómo pudo enterarse de que no había sido yo directamente la agraciada. Tampoco hoy, cincuen-



## RENDIBÚ 18 FESTIVAL DE ARTES

Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es  
RENDIBÚ: El arte toma los medios

# RELATOS

## EL ESPEJO

ta y cinco años después, lo sé, pero sí que, sin quererlo ni saberlo, salvé a Macondo de perecer en el olvido y a la patria de rendirse a la dominación.

Magnífico y Escolástico, enemigos íntimos de Aureliano, me ofrecieron su colección de esqueletos de mariposas, la dentadura postiza del único abogado que amaneció en siglos en este lado de la ciénaga, la esquila amarillenta de El Imparcial de Villalgorido donde se profetizaba la llegada de la parusia y una caracola color aguamarina en cuyo interior se oía a ratos el mar y a ratos el rezo de maitines de las benedictinas de Manzales. Todo ello a cambio del espejo. De buena gana habría aceptado el trato si Úrsula Peñaranda no me hubiese estado vigilando, comida por la rabia y por la envidia, desde que Aureliano me entregara la piedra. Le habría faltado tiempo a la pérfida vecina para secretarle que había menospreciado su obsequio aceptando un trueque desventajoso, intentando de este modo que cambiaran sus sentimientos hacia mí y aumentase la querencia hacia ella. Sólo por eso coloqué el espejo en mi habitación, no porque me agradasen las extrañas puertas y ventanas labradas en su marco.

Desde el primer momento noté que quien se reflejaba en el azogue no era yo. Al otro lado había alguien con mis mismas trenzas, idéntico rostro al mío, igual estatura y complexión... mas no era yo. Sus brazos se movían como los míos, sus piernas también, por más que intentase un gesto inesperado que la despistase siempre respondía con la misma rapidez imitándolo. A la noche, con el reflejo del cuarto menguante, creí ver en su interior un movimiento sin razón. Prendí la mecha de la candileja y me acerqué, nada vi extraño, salvo que a la legañosa que se me enfrentaba no le había dado tiempo a borrar una sombra de pánico de su mirada. Fue suficiente para que resolviese clausurar la actividad del espejo cubriéndolo con lienzo apolillado. Dormí mucho más tranquila, sin poder evitar soñar, no obstante, que dentro del marco historiado mi sosia maquinaba el modo de librarse de su prisión con el mismo rencor del que hacía gala Úrsula al tratar de emponzoñar mi noviazgo con el de los Buendía. Las pesadillas que me persiguieron hasta el siguiente plenilunio decidieron por mí aceptar el trato prorrogado de Magnífico y Escolástico si añadían al lote la carta robada del breviario de don Cristino en la que el clérigo declaraba su amor al joven árabe Nadir, de la familia de los taberneros. Ahora solo yo sé –ni Nadir, ni Magnífico ni Escolástico podrán decirlo– por qué don Cristino se suicidó con vino de consagrar tin-

tado con unas gotas de cinabrio el miércoles de ceniza de aquel año fiel a la promesa dada al barbilampiño si su amor no era correspondido.

El trato se cerró con celeridad por ambas partes. Ya no me importó que Aureliano se enterase de mi desaire, mayor había sido el suyo al no presentarse al entierro de mi abuelo –lo encontraron muerto a tres días de camino con una brújula sin norte entre las manos– ni a la misa mayor del domingo para besarnos a su término en los jardines parroquiales.

Me pensé en la obligación de advertir a los compradores que algo oscuro sucedía con el espejo, que en nada era igual a los demás. Rieron. Me trataron con suficiencia al decirme que nada de lo que saliese del carromato del gitano Melquíades era igual a lo demás, que por eso lo querían.

Fue por aquel entonces cuando se comentó en la taberna de los árabes que se oía rumorear que el gobierno había contratado, pagando el doble de su peso en oro, a no se sabía quién que les prometió acabar con todas las futuras insurrecciones. «Los niños de hoy son los revolucionarios del mañana», alguien oyó decir a un amigo de un cuñado de un mecanógrafo a jornal de El Imparcial de Villalgorido. Éste contó que tal era la máxima del misterioso contratado, capaz de predecir de un solo golpe de vista quién había nacido para cabecilla insurgente y quién no.

El asunto interesó tanto al alcalde que decidió consultarlo con quien más sabía de todas las cosas, las habidas y por haber, el gitano Melquíades. Sin embargo, no hubo ocasión. Al día siguiente halló vacío el claro de su campamento, la gitanería había decidido continuar su camino. En el lugar, amén de las inmundicias propias de todo resto de acampada, encontraron abandonadas dos perolas con desportilladuras, una botija y cuatro grandes espejos hechos añicos. No fue ésta la noticia que sobresaltó al pueblo esa mañana, sino la de la desaparición de dos niños y una niña, los que habían sido agraciados con el premio del espejo, de los cuales, por cierto, jamás se volvió a saber. A Magnífico y Escolástico, tal fecha como aquella, un mal viento les quitó el entendimiento, al decir de los más sesudos del lugar. Ambos acabaron ahogándose en la ciénaga meses después, atiborrados de sus propios excrementos y borrachos del guarapo fermentado que robaban con su consentimiento al joven Nadir. Solo yo supe, al comprobar en el velorio que la imagen de ninguno de los dos se reflejaba en los espejos, que su muerte se debió a no haber llevado el mío a su legítimo destinatario, tal y como pactaron a espaldas de Melquíades con el bisojo Serótido, tan gitano como pueda serlo quien esto lea y quien esto escribe en el presente año de gracia, y a quien Aureliano Buendía dio muerte deshonrosa lustros después, cuando éste era coronel insurgente, gloria de Macondo, y aquél vidente mercenario a sueldo del gobierno y de la Fruit Company. Frente al pelotón de fusilamiento Serótido le confesó al coronel que la desgracia que se cernía sobre él se debía a no haber completado su colección.

– Solo me faltó la suya, coronel.

Y a continuación lo borró la descarga.

■ M.SAURA